

CORRESPONDENCIA

ILUSTRADA

DIRECTOR, D. PEDRO PAGAN.

AÑO II.—(II Epoca.)

Jueves 26 de Mayo de 1881

NUM. 229

NUESTRO GRABADO

Yo no sé si podré dar á mis lectores idea del carácter y de las costumbres de los huertanos de Murcia.

He visto á algunos pintores hacer muy buenos retratos de personas que eran para ellos desconocidas y hacer fiasco cuando se trataba de retratar á personas de su familia ó íntimos amigos.

Y esto se explica fácilmente. A fuerza de mirar muchas veces una fisonomía, dejan de producir impresion los rasgos más característicos de ella: la costumbre es un rasero que todo lo reduce á lo vulgar, haciendo desaparecer todo lo que sobresale, y por lo tanto todo lo que caracteriza: por eso el casado con una mujer hermosa, no la vé al cabo de algun tiem-

po tal cual es, como el casado con una fea deja de ver la fealdad.

El doctor Pangloss aplaudiría sin duda esta manera de ser nuestra, diciendo que los efectos de la costumbre reduudan en pro de las feas, y como éstas son... ó podrían ser... ó sería posible que fuesen en mayor número que las hermosas, la ley es buena, puesto que da gusto á la mayoría. Si con ella salen perjudicados los maridos de las hermosas, que sufran con paciencia las consecuencias de buscar preferentemente la hermosura física.

Pero la ley va más allá y llegan sus efectos á un punto en que no podría aplaudir el doctor Pangloss.

Porque despues de vistas muchas veces una fisonomía, no solo se pierde la facultad de apreciar los rasgos más salientes de ella, sino que además se pierde la fa-

cultad de conocer el estado de ánimo del propietario de la fisonomía observada.

La cara es, segun dicen, el espejo del alma.

Pues bien, cuando se ha mirado mucho al espejo, se le gasta el azogue, y ya no puede verse la fisonomía moral que la material debe reflejar exactamente.

De manera que cuando hay motivos para sospechar que la mujer ya propia ó ya pretendida no dice lo que siente y se desea averiguar qué hay detrás de lo que dice, es inútil mirar su rostro. Entónces, quien más mira ménos ve.

Entremos en materia. Yo no puedo hacer un retrato exacto del huertano de Murcia, precisamente porque lo tengo muy visto.

Intentémoslo y hagamos la descripción, partiendo de la superficie.

La montera ya conocida ó el sombrero de anchísimas alas; el indispensable pañuelo liado á la cabeza, la chaqueta corta y estrecha con botonadura de plata; el chaleco con la misma botonadura, y que permite lucir la pechera de la camisa erizada de bordados y canutillos; la faja encarnada ni tan alta como se lleva en Andalucía, ni tan baja como en Aragon; el zaragüell ó calzon blanco muy ancho, y que no pasa de la rodilla; la calceta que sólo cubre la pierna, y la alpargata ó la esparteña.

Tal es el traje, que admite muchas modificaciones, y cuyas prendas pueden formar combinaciones, desde la más complicada hasta la binaria, que es la más común, y que sólo consiente camisa y zaragüell con absoluta ausencia de toda otra prenda.



ESCENAS MURCIANAS